



NACIMIENTOS

POR JOSE M.^a IRIBARREN

¡Nacimientos! ¡Qué perfume revive en este nombre que toda el alma se nos adolece de nostalgias al pronunciarlo?

¡Nacimientos de Navidad! Deliciosos retablos, sencillos y anacrónicos pero acendrados de ingenuidades ... Montañas de corteza florecidas de harina. Arroyuelos de papel de estaño. Senderos de serrín, serpeantes: con aldeanas de corpiño prieto y pastores de calzón corto cargados de ofrendas para el Recién Nacido. Y praderas de oloroso musgo esmaltadas de cordericos.

El Nacimiento que todos alzamos en el ángulo de la sala, una tarde de invierno, mientras la lluvia escurría su llanto en los cristales del balcón.

* * *

Mi Nacimiento. ¡El mío!

No era—no creáis—como esos ostentosos con sus molinos de artificio y sus figuras de movimientos; con ríos «de verdad» y espejos en las grutas que alongan el paisaje.

Era humilde y si queréis disparatado; pero a mi ¡me gustaba tanto! Tenía...

Tenía un cazador de zurrón y polainas apuntando con su escopeta a la paloma de un arbolito. Y todo el valle de Bethlehem parecía escandalizarse ante el brutal anacronismo de aquel disparo.

Tenía dos patos muy grandes sobre el espejo de la balsa: tan enormes que sus cabezas rebasaban el pontarrón de corcho.

Y tres Reyes altivos, patizambos, clavados al lomo de sus brutos por un cruel alambre que les punzaba las entrañas (¡oh terrible suplicio digno de ser cantado por Ercilla!) Cada noche, yo adelantaba sus caballos. Para que llegada la Epifanía estuvieran ante el Portal.

¡El Portal! Todas las sendas, llenas de figuritas, se enhebraban en él. Cuando niño no se concibe el portal ruinoso abierto a la intemperie, sino el tibio cobijo de la cueva. En lo hondo de ella armaba yo mi Nacimiento con el Niño en el centro, pequeñín, desnudito en su cuna de pajas, con un dosel de nubes y angelotes en círculo.

Y tenía copiosos rebaños de paticas de alambre y toisonos de nieve. Y una gallina empollando en su cesto que era grande como un cordero. Aún me parece ver al pescador de caña filosófico ante un charco de plata mísero y somero. Y al aldeano despatarrado sobre el lomo de su borrico que tocaba muy serio un violín de oro. Y hasta me acuerdo de un caballo, oriundo de algún viejo belén, al que yo colocaba paciendo en una peña aunque su pata alzada y el alambre de su espinazo delataban su realeza.

Pequeño mundo de figuras que cada año me aumentaban los Reyes. ¡Con qué emoción sencilla les pedía en mi carta: «quiero que me echéis una mujer cociendo panes en el horno: así...» Y les dibujaba mi deseo para que mejor lo comprendiesen.

Era yo para ellas como un dios bueno. Yo las sacaba de la nada; de su letargo anual entre el serrín y el musgo de la caja. Les encolaba los bracitos rotos y añadía con cera los miembros que perdieron.

Aderezaba para ellas un paraíso de roquedales foscos y llanadas joviales, con ríos claros y caminitos frescos. Y los iba esparciendo por el haz del paisaje.

Y vivían en él dos semanas y media.

* * *

Yo también sueño en estos días con hacer mi belén. No mi viejo belén de la infancia, porque mis lágrimas mojarían su musgo. Sino un belén inmenso como el mundo. Con figuras de carne y hueso: figuras buenas, libres de odio y limpias de pecado.

Para que en todo él se cumpliera el Hosanna exultante de la Feliz Amanecida:

«Gloria a Dios en la Altura. Paz en la tierra a los hombres de Buena Voluntad».

(Pamplona, 1938).

